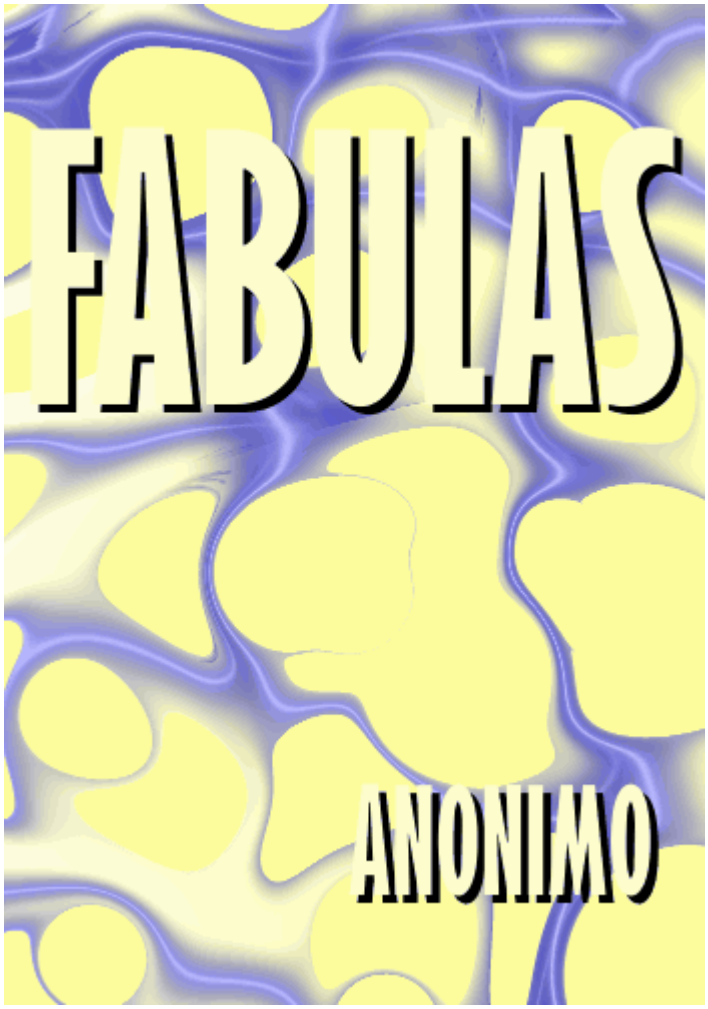
LIBRO dot.com

FABULAS

ANONIMO



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

FABULA DEL GATO MENDIGO

Érase una vez un gato que vivía en una alquería muy grande; allí abundaban los ratones durante todo el año y él, rápido y buen cazador como era, estaba siempre bien surtido de comida.

Un día se dio cuenta de que sus facultades físicas habían disminuido; ya no podía cazar ratones con la misma facilidad de antes, de modo que decidió convertirse en un gato mendigo.

Al verle tan apacible y piadoso, todos los habitantes de la alquería empezaron a quererle y a confiar en él, excepto una vieja rata, que desconfiaba de su propia sombra. Esta empezó a hacerle faena tras faena.

Un día estalló una disputa entre una liebre y un gorrión. Ambos se disputaban el privilegio de subirse a un tronco podrido. El gato mendigo, ni corto ni perezoso, les dijo:

¿Por qué os peleáis tanto? Dejad que yo arregle la cuestión.

En tanto hablaba, se iba acercando a ellos, listo para saltar y atraparlos al primer descuido. ¡Ah, las cosas que tenía que hacer de viejo para poder comer! La vieja rata, viendo lo que se proponía, soltó un chillido escalofriante. Tanto la liebre como el gorrión pusieron pies en polvorosa; ella hizo lo mismo y el gato mendigo se quedó compuesto y sin comida.

Le había salido un enemigo de cuidado. A la vejez, viruelas, como dirían nuestros abuelos.

LA CODICIA

Érase una vez un perro viajero, que gustaba de la paz y huía del bullicio. Caminaba siempre solo y adoraba la naturaleza.

Había empezado un largo viaje apenas tres días antes. Ahora la jornada se terminaba y la lluvia le había acompañado durante horas y horas. Llegó a una posada, rendido de cansancio y hambre; estaba empapado desde la cabeza a la punta del rabo.

Con gesto de satisfacción se reclinó en el suelo, junto al fuego de la chimenea, y allí se durmió.

En esto llegaron unos ladrones, quienes se pusieron a cantar y dar gritos. Despertaron a toda la posada, pero seguían metiendo bulla.

A nuestro perro se le ocurrió una brillante idea. Con tranquilidad y resolución la puso en práctica.

-¡Que mala suerte he tenido! ¡Mira que perder por el camino ocho monedas de oro! Soy tonto de remate –dijo el perro, con gesto de pena, y en voz muy alta.

A poco, se hizo el silencio en la estancia. Los ladrones, a escondidas, fueron saliendo al camino. Se habían creído la historia y ahora se disponían a buscar las monedas perdidas.

Se pasaron rastreando toda la noche, sin encontrar nada, como es natural. El perro, entretanto, pudo dormir con toda tranquilidad. Su ingenio le había librado de tan molestos inquilinos.

LA OVEJA NEGRA

Érase una vez una ovejita que tenía un color distinto del de sus hermanas de rebaño, era negra.

Por esta causa, ellas le despreciaban y hacían objeto de toda clase de faenas. Acostumbraban a darle mordiscos, patadas, y siempre procuraban ponerla en último lugar del rebaño. Cuando entraban en un prado a pastar, el rebaño entero intentaba que la ovejita negra no llegase a disfrutar de la más pequeña brizna de hierba. Era la suya una existencia terrible.

Cansada ya de tantos desprecios, la ovejita negra se apartó del rebaño. Anduvo mucho tiempo por el bosque; al llegar la noche, se recostó, sin saberlo, sobre un montón de harina, por lo cual, al llegar el nuevo día, se había convertido en una oveja de color blanco inmaculado.

Sorprendida, volvió a su rebaño, y sus compañeras la proclamaron reina del rebaño, dada su bella apariencia.

Por aquel entonces se anuncio en la comarca la visita del príncipe de los corderos, que venia en busca de esposa.

Fue recibido en el rebaño con grandes honores. Mientras el príncipe observaban a las ovejas que lo formaban, estallo una gran tormenta. La lluvia disolvió la capa de harina que cubría a nuestra ovejita, y ésta recobro su color negro.

El príncipe, encantado, la tomo por esposa. Al ser preguntado por la causa de su elección, este respondió:

-Es distinta de las demás, con eso me basta.

Por fin el destino fue justo con nuestra ovejita.